

PARA COMPRENDER EL DOCUMENTO DE LA PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA: DOS REFERENCIAS PREVIAS

ANTONIO GARCÍA-MORENO

El 23 de abril de 1993, en una audiencia papal conmemorativa de las encíclicas «*Providentissimus Deus*» y «*Divino afflante Spiritu*», con asistencia del Colegio cardenalicio, el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica y el profesorado del Pontificio Instituto Bíblico, el Card. Ratzinger presentó al Papa el nuevo documento de la Pontificia Comisión Bíblica. Sin embargo hasta finales de Noviembre el documento no se publicó.

La gestación del Documento había sido muy laboriosa. Ya en los años ochenta se iniciaron en la Pontificia Comisión Bíblica unas consultas para abordar los problemas suscitados en el campo de los estudios bíblicos. A ello aludía el Papa en un discurso ante los miembros de dicha Comisión el 21 de Abril de 1991. Se refería a la necesidad de evitar la unilateralidad que a veces puede darse en ciertas «modas», siendo necesario un correcto equilibrio que no caiga en los extremos. «Así se pasa, por ejemplo, —decía el Papa— de un abuso de análisis histórico, denominado diacrónico, a un análisis exclusivamente sincrónico, desprovisto de toda dimensión histórica.

«Una exégesis que opte por ser unilateral, deja por esta misma razón de merecer el calificativo de «católica», dado que este nombre expresa la apertura a la totalidad de la realidad». El Pontífice subrayaba la importancia de los métodos científicos para el estudio del texto sagrado, pero al mismo tiempo insistía en que «la Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita» (*Dei Verbum*, n. 12).

I. Dos publicaciones aparecidas el mismo año 1991 adquieren *a posteriori* una importancia singular de cara al Documento de P. C. Bíblica, porque, como se puede apreciar una vez leído el documento, señalaban una

preocupación de personas y sectores representativos de la exégesis católica, y apuntaban en una dirección que se debería seguir.

A. Vanhoye, Secretario de la Pontificia Comisión Bíblica, publicó en «Seminarium» un artículo sobre la exégesis bíblica en el que abordaba el tema desde una posición privilegiada¹. Parte de que el estudio de la Biblia ha de ser «como el alma de la teología» (*Dei Verbum*, n. 24). Ello implica una importancia capital en los métodos exegeticos, al tiempo que suscita bastantes discusiones. Recuerda que ya León XIII decía algo parecido (cfr. *Providentissimus Deus*, EB n. 114), aunque hablaba del *uso* en lugar del *estudio*. Ese principio afecta no sólo a los teólogos, que han de tener en cuenta la exégesis, sino a los mismos exégetas que han de realizar su estudio de forma que sirva para el trabajo del teólogo. La finalidad del exégeta no es la de reconstruir la historia de Israel o la de Iglesia primitiva, sino que ha de profundizar en el sentido de la Escritura Sagrada.

La claridad metodológica, señalaba Vanhoye, es menor en nuestro tiempo, en el que gran número de métodos y aproximaciones («approcci») se proponen y se practican en la interpretación de cualquier texto en general y de los textos sagrados en particular. Puesto que en la exégesis bíblica el objeto del estudio son los textos, se consideran convenientes los estudios técnicos literarios, y así se practican el análisis retórico, narrativo, semiótico, por referirnos a los sectores más importantes. Cada una de estas disciplinas tiene sus instrumentos propios de trabajo, sus reglas y su léxico más o menos técnico. Cada uno de esos análisis pone de relieve aspectos interesantes del texto estudiado. Por otro lado, como en los textos bíblicos se reflejan determinados grupos humanos, para conocerlos es preciso recurrir a las «ciencias del hombre», como la sociología, la psicología o el psicoanálisis. Son posibles también los análisis ideológicos que toman como punto de partida la propia ideología, a la que pretenden enriquecer con los datos bíblicos. Se proponen así variadísimas claves de lectura de la Biblia: feminista, liberacionista e incluso materialista. En estos últimos casos no se trata tanto de exégesis del texto cuanto de una búsqueda tendenciosa.

¿Cuáles de estos métodos pueden interesar para que la exégesis pueda ser «como el alma de la teología»? Ninguno, pues todos se interesan del lado humano de los textos bíblicos, los estudian como una literatura más. Sin embargo, sigue diciendo Vanhoye, hay que reconocer que si el exégeta trata de poner de relieve el mensaje religioso del texto sagrado, todos esos

1. Cfr. «Seminarium», *Esegesi biblica e Teologia: la questione dei metodi*, 43 (1991)/267.

métodos le proporcionan la posibilidad de hacerlo, dándole nuevos instrumentos que pueden revelarse muy útiles a su propósito. Por otra parte, algunas técnicas modernas, no mencionadas antes, corresponden directamente a la investigación realizada sobre «el estudio de la Escritura como alma de la Teología». Es el caso del tratamiento canónico, atento a definir el sentido que se deriva del hecho de que el texto se encuentre en un libro inspirado. Podemos citar también el tratamiento patrístico, que se niega a encerrar la exégesis en los límites del método histórico crítico y busca en la tradición patrística los instrumentos aptos para iluminar el texto bíblico.

Sin embargo, estos dos últimos tratamientos parecen más bien marginales, ya que la tendencia general va sobre todo hacia una actitud meramente científica, esto es, neutral en materia de fe. Así resulta que la exégesis, en vez de ser una disciplina teológica, se reduce a ser sólo un estudio científico de los textos antiguos.

El Secretario de la Pontificia Comisión Bíblica estima que no se ha considerado seriamente el problema de la precomprensión de los textos bíblicos y, por otro lado, que se ha hablado de modo demasiado genérico de la fe. No es posible acercarse a la Biblia con un cerebro vacío. Inevitablemente se tiene siempre una precomprensión. Por otro lado, no cualquier precomprensión sirve. La más adecuada es la que proviene de la experiencia de la fe, transmitida por la misma Tradición que ha dado lugar a los textos bíblicos. En 1 Cor 2, 14 nos recuerda el Apóstol que el hombre natural (*psichikós*) no comprende las cosas del Espíritu de Dios, que son locuras para él y no las puede entender. El que no se acerca como creyente puede conseguir resultados excelentes, pero se le escapará lo esencial. Como dice la *Providentissimus Deus*, siguiendo a los Padres, los que están privados de la fe no llegan al meollo de la Escritura, se quedan rascando la corteza (cfr. EB n. 113).

Concluye Vanhoye diciendo que la exégesis practicada como disciplina teológica, esto es, realizada en la fe y con seriedad científica, tiene un doble resultado: alimentar la fe y purificarla. Procura una comprensión más rica y obliga a tener más en cuenta el factor humano, desechando ciertas maneras de idealizar la Revelación.

II. En el mismo año 1991 se publicó un libro sobre la exégesis cristiana hoy, que fue presentado a principios de 1992 con cierta solemnidad en la Pontificia Universidad Gregoriana, de Roma, con la asistencia de los principales autores, incluido el Card. Ratzinger². Se ha comentado que

2. I. DE LA POTTERIE, R. GUARDINI, J. RATZINGER, G. COLOMBO, E. BIANCHI, *L'esegesi cristiana oggi*, Asti 1991.

con ello se quería dar una cierta oficiosidad a este libro como preparación del pensamiento del Magisterio en tan delicado y decisivo tema, sobre el cual estaba a punto de aparecer este importante documento pontificio, que sería presentado al Sumo Pontífice el 23-4-1993, considerando la fecha como propicia para ello ya que sería el centenario de la *Providentissimus Deus* y el cincuentenario de la *Divino afflante Spiritu*.

El libro recoge diversos artículos sobre la exégesis, de autores de gran prestigio, alguno de ellos ya desaparecido, aunque por el valor de su doctrina ha merecido tenerse en cuenta en esta publicación. Es el caso de Romano Guardini, antiguo profesor de Tübinga y muerto en 1968. El trabajo presentado aquí es de 1928. En cambio los de Ratzinger y De la Potterie corresponden a conferencias recientes.

La obra se articula en tres partes. La primera se abre con un artículo de I. De la Potterie, «curatore» de todo el volumen. Trata el problema de la exégesis cristiana en la actualidad, partiendo de las exigencias y enseñanzas del Vaticano II, en particular de la Constitución Dogmática *Dei Verbum*. Ayuda a reflexionar sobre la relación que hay entre la Escritura, el Magisterio y la Teología. En el caso de la exégesis cristiana de los escritos inspirados, se supone el carácter sagrado del texto a comentar, esto es, se sobreentiende que estamos ante un documento cuyo autor principal es el mismo Dios, lo cual comporta una actitud de veneración determinada y, desde luego, exige una postura creyente, una disposición de fe en Cristo. Sin embargo, hay que reconocer que muchas veces el exégeta se conduce de una forma en la que la analogía de la fe no se tiene en cuenta, ni tampoco las orientaciones —que no son limitaciones— dadas por el Magisterio, que no sólo se ignoran sino que, además, se desprecian.

Es cierto que uno se puede acercar al texto en cuestión prescindiendo de todo elemento religioso y sagrado, tratar de explicarlo prescindiendo de la fe y del contenido dogmático —es el término exacto por «demodé» que sea— de la Revelación, estudiar un texto de S. Pablo como se pudiera estudiar un texto de Séneca, por citar un autor coetáneo del Apóstol. Eso sería un respetable trabajo de interpretación de un texto, incluso digno de loa por su rigor y acierto. Pero ese trabajo no podría calificarse propiamente de una exégesis cristiana, pues ha prescindido de la doctrina revelada así como de las directrices del Magisterio de la Iglesia, ha trabajado sobre el texto prescindiendo además de la fe y de su contenido. Insistimos en que ello no disminuye el valor exegetico de los resultados conseguidos, pero nunca puede llamarse exégesis cristiana.

En la segunda parte del libro citado, el artículo de Guardini comienza afrontando la cuestión fundamental sobre la doctrina del conocimiento

en general y del conocimiento religioso-cristiano en particular. Se plantea luego cuál ha de ser la actitud que ha de adoptarse respecto a la Sagrada Escritura, para mostrar entonces el reconocimiento de la eternidad de la Palabra de Dios y de su valor contemporáneo para el creyente. Da a continuación su juicio sobre la ciencia bíblica de nuestro tiempo y propone un determinado camino a seguir, concluyendo que el conocimiento de la Palabra de Dios es, en definitiva, un don que sólo es posible para quien vive en la Iglesia.

El mayor peligro de la interpretación personal de la Escritura está en esto: que se la mire sólo con una visión natural, que lo sobrenatural resbale por lo puramente histórico, psicológico o filosófico. Esto puede aparecer, en un juicio superficial, una postura intransigente, dura y estrecha, opuesta al progreso científico. Sin embargo, si se mira la cuestión con profundidad, «le cose stanno altrimenti: la sostanza cristiano-sopranaturale della fede è stata preservata dal pericolo di 'naturalizzarsi', e così alla scienza propriamente competente in fatto di Parola di Dio è stato salvaguardato l'oggetto, e quindi la ragion d'essere».

El Cardenal Ratzinger, en su conferencia, con gran lucidez y claridad, a través de diversas consideraciones preliminares, expone con crudeza el problema y precisa que no interesa solucionarlo por sí mismo. Solicita por ello una autocritica seria del método histórico-crítico, tal como ha sido enseñado por M. Dibelius y R. Bultmann, denunciando sobre todo el origen filosófico de dicho método.

Concluye recordando cómo en los últimos cien años la exégesis ha realizado grandes cosas, pero también ha cometido grandes errores. Atacarlos, dice, se considera por muchos estudiosos una especie de sacrilegio. Sin embargo, hace tiempo que autores como H. Schlier o J. Gnilka habían advertido el problema. Por eso, dice Ratzinger, sería deseable: a) reflexionar a fondo sobre los métodos exegéticos, reconociendo que un buen número de sus axiomas se fundamentan en principios filosóficos inaceptables. Por tanto, es necesario reconsiderar los resultados fundamentados en tales principios; b) no se puede estudiar la exégesis de un modo unilateral, sincrónico, como ocurre con los descubrimientos de la ciencias naturales. Estas no dependen de su historia, sino sólo de la precisión de los datos considerados; c) los métodos filológicos y los literarios conservan su importancia decisiva para una correcta exégesis. Mas para hacer uso eficiente de esos métodos es preciso conocer también las implicaciones filosóficas del proceso interpretativo. El estudio autocrítico de la propia historia debe ser también un examen de las alternativas filosóficas esenciales del pensamiento humano; d) lo que ahora se necesitan no son nuevas hipótesis sobre el «Sitz in

Leben», sobre las posibles fuentes o sobre el proceso subsiguiente de las tradiciones. De lo que se tiene absoluta necesidad hoy es de echar una ojeada crítica sobre el panorama exegetico actual, para volver al texto y distinguir entre las hipótesis fecundas y aquellas que son inútiles. Sólo así se puede abrir una nueva y fructuosa colaboración entre la exégesis y la teología sistemática; e) por último, el exégeta debe darse cuenta de que no habita en una zona neutra, más allá y fuera de la historia y de la Iglesia. Si la exégesis quiere ser además teología, ha de dar otro paso: debe reconocer que la fe de la Iglesia es aquella forma de «sim-patía» sin la cual la Biblia permanece un libro sellado. Esa exégesis ha de reconocer la fe como una hermenéutica, como el lugar de la comprensión, que no violenta dogmáticamente a la Biblia, sino que le confiere la única posibilidad de ser verdaderamente ella misma. El gran mérito de Bultmann señala Ratzinger, ha sido el de poner de relieve con claridad la necesidad de la hermenéutica, aun cuando luego haya quedado prisionero de presupuestos que, en gran parte, privan de valor a sus conclusiones. Quizá la aporía de los intentos actuales, dice, nos puede ayudar a comprender de forma nueva que la fe es verdaderamente aquel espíritu en el que ha nacido la Escritura y que es, por lo tanto, la única vía que nos lleva a penetrar en su interior (cfr. o. c., p. 125).

El trabajo siguiente de I. De la Potterie vuelve a tomar el pensamiento de Guardini en su título, «L'esegesi biblica scienza della fede». Se trata de la conferencia que el profesor belga dio como despedida de su docencia en el Pontificio Instituto Bíblico. Hace una reflexión sobre la Biblia, precisa y bien documentada con textos patrísticos y del magisterio. Destaca la doble vertiente, divina y humana, de la Escritura, y finaliza con cuatro puntos que vienen a ser una valiosa síntesis: 1) La Sagrada Escritura es un libro inspirado y, por tanto, es la *norma normans* para la fe cristiana y para la investigación teológica. Este primado en el estudio telógico exige utilizar todos los medios técnicos disponibles para descubrir en el *sentido* que el autor ha querido dar a su *texto*: contexto histórico, filología, análisis literario, etc. En este terreno la metodología moderna ha hecho enormes progresos, que hoy no se pueden ignorar. 2) Por el contrario, la exégesis científica ha perdido de vista la diferencia de nivel entre el texto escrito y su sentido profundo, entre la expresión formulada y lo que Ricoeur llama «la vida del texto». Se trata de encontrar lo que los Padres latinos llamaban la *interior intelligentia* de la Escritura, la realidad interior que en ella se oculta. 3) Para ello es preciso integrar el texto en el contenido y en la unidad de la Biblia, así como en la Tradición viviente de la Iglesia. 4) Y todo ese proceso ha de ser realizado en el interior de la fe. Cuando se trata de la Sagrada Escritura, creer es una condición para comprender.

La tercera parte del libro que venimos comentando comienza con un trabajo de G. Colombo, «Intorno all'esegesi scientifica». Pone de relieve la historia de la exégesis «científica», para tratar luego de los problemas desde la perspectiva del método histórico-crítico y desde un ángulo hermenéutico. Tiene siempre presente el propósito de no poner barrera ni prejuicios a la crítica, pero reconociendo y subrayando los defectos subyacentes que la incapacitan. El trabajo que cierra la obra, «La lettura spirituale della Scrittura oggi», de E. Bianchi, acude a Orígenes para dejar bien sentado un principio fundamental de la exégesis y, sobre todo, de la lectura espiritual de la Escritura: *Scriptura sui ipsius interpres*. Es decir, la llave de la comprensión de la Biblia está en ella misma.

Después de la publicación de este libro pasó todavía algún tiempo, antes de que el anunciado documento apareciese. El 23 de abril de 1993 el Papa recibe, como dijimos, a la Pontificia Comisión Bíblica que, junto con el Colegio cardenalicio y del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, celebra el centenario de la encíclica *Providentissimus Deus* de León XIII. Juan Pablo II vuelve a recordar la importancia de la cuestión para toda la Iglesia y estimula el trabajo de los estudiosos de la Biblia.

Analiza las diferencias de dicha encíclica, enfrentada con la interpretación racionalista del momento, y la *Divino afflante Spiritu* de Pío XII, más encaminada a legitimar los nuevos métodos, contra el ataque de los que se empeñaban en negar el valor de los nuevos logros de las ciencias auxiliares en toda exégesis científica, abogando por una interpretación meramente espiritual. Ambas posturas, dice el Papa, son rechazables pues no tienen en cuenta el verdadero carácter de la Escritura, que es divina y también humana.

El nuevo documento, dice el Papa, repasa los métodos, los enfoques y las lecturas practicadas hoy que, a pesar de algunas reservas —a veces graves—, contienen elementos válidos. La exégesis católica no tiene un método propio sino que está abierta a todas las posibilidades que puedan ayudar a entender mejor el texto bíblico, pero sin olvidar que «Es necesario, sobre todo, ayudar al pueblo cristiano a percibir más claramente en estos textos la palabra de Dios, a fin de acogerla mejor, para vivir plenamente en comunión con Dios. A este fin, es evidentemente preciso que el exégeta, por su parte, perciba en los textos la palabra divina y esto no le es posible si su trabajo intelectual no está sostenido por un impulso de vida espiritual...; es necesario que uno mismo sea guiado por el Espíritu y, para esto, es necesario rezar, rezar mucho, pedir mediante la oración la luz interior del Espíritu y aceptar dócilmente esta luz, pedir amor, que es lo único que capacita más para comprender el lenguaje de Dios, que «es amor»

(1 Jn 4, 8. 16). Durante el trabajo mismo de interpretación, es necesario mantenerse el mayor tiempo posible en presencia de Dios».

El Papa termina hablando de la necesidad de adecuarse al lenguaje del hombre de hoy, a la necesaria inculturación que tenga en cuenta la idiosincrasia de los pueblos, señalando que quizá las naciones menos influenciadas por las desviaciones de la civilización occidental sean más capaces de entender el mensaje divino, tan ignorado o mal interpretado a menudo en una sociedad secularizada y tendente a una exagerada desmitologización.

Esperamos, añade Juan Pablo II, que «gracias a dicho documento, la interpretación de la Biblia en la Iglesia podrá encontrar un nuevo impulso, en beneficio de todo el mundo, para conseguir que resplandezca la verdad y para exaltar la caridad en los umbrales del tercer milenio».

A. García-Moreno
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA